

de Nuremberg, y se propasaba á las medidas más tiránicas contra ella. Esta misma potencia se había negado mucho tiempo á dar posesión á los condes de Westfalia de sus tierras en el obispado de Múnster. Francfort estaba en pugna con los príncipes vecinos por un gravamen que se le había impuesto en favor de los mismos, en compensación de ciertas propiedades que habían cedido. La Prusia y la Baviera querían aprovecharse del silencio del *receso* para incorporar á la nobleza inmediata con sus Estados. El Austria alegaba en la Suabia una multitud de derechos feudales de origen obscuro y atentatorios á la soberanía de los duques de Wurtemberg, de Baden y de Baviera; y sobre todo acababa de cometer una violación de propiedad inaudita. Los principados eclesiásticos recientemente secularizados tenían fondos impuestos en el Banco de Viena, fondos que les pertenecían y que fué preciso pasaran á los príncipes indemnizados. La administración austriaca se había apoderado de dichos fondos, que ascendían á una suma de treinta millones de florines, causando la desesperación de ciertos príncipes. Todas estas violencias hacían desear la institución de una autoridad que tomase á su cargo el cumplimiento del *receso*, según se había hecho después de celebrada la paz de Westfalia. Deseábase también la recomposición de los antiguos círculos encargados de vigilar sobre la defensa de los intereses particulares. Faltaba, por último, organizar la Iglesia alemana que, privada de su existencia regalona, necesitaba reorganizarse nuevamente.

No podía el primer cónsul tomar sobre sí la resolución de estas últimas dificultades, pues hubiera tenido que constituirse en legislador permanente de la Alemania. Sólo pudo atender á salvar el equilibrio del impe-

rio, parte del equilibrio europeo, determinando lo que correspondía á cada Estado, así en territorio como en influencia en la Dieta. Lo demás sólo podía hacerlo la Dieta misma, que era la única que tenía poder legislativo, sin que por eso dejara de auxiliarla la Francia, garante de la nueva Constitución germánica como lo fué de la antigua. Los débiles, amenazados por los poderosos, invocaban ya esa garantía, y sólo á las cortes alemanas de más poder tocaba el evitar con su moderación la nueva intervención de un brazo extraño. Pero desgraciadamente no había que contar con ella según la conducta actual de la Prusia y el Austria.

El emperador envió por fin su ratificación después de haberla hecho desear, y lo hizo con dos restricciones: la una tenía por objeto la conservación de todos los privilegios de la nobleza inmediata; la otra era relativa á una nueva distribución de votos protestantes y católicos en la Dieta; de manera que sólo cumplía á medias la palabra dada al primer cónsul á trueque del convenio de 26 de diciembre.

Fuera de esto, las dificultades verdaderamente europeas, que eran las de territorio, quedaban vencidas, merced á la enérgica y prudente intervención del general Bonaparte. Si algo dió realce á su ascendiente sobre la Europa, fué ciertamente esta negociación, conducida con tanta habilidad, en que hermanando la justicia con el tesón y la destreza, valiéndose sucesivamente de la ambición de la Prusia y del orgullo de la Rusia para contrarrestar al Austria, y estrechando á ésta sin ponerla en el disparadero, impuso su propia voluntad á la Alemania para bien de la misma Alemania y tranquilidad del mundo: único caso en que puede ser lícito y útil intervenir en los negocios ajenos.

LIBRO DÉCIMOSEXTO

ROMPIMIENTO DE LA PAZ DE AMIÉNS

Esfuerzos del primer cónsul para restablecer la grandeza colonial de Francia. — Espíritu del antiguo comercio. — Ambición de todas las potencias de poseer colonias. — La América, las Antillas y las Indias orientales. — Encargo del general Decaén en la India. — Tentativas para recobrar á Santo Domingo. — Descripción de esta isla. — Revolución de los negros. — Carácter, poder y política de Toussaint-Louverture. — Aspira á hacerse independiente. — El primer cónsul manda salir una expedición para afianzar la autoridad de la metrópoli. — Desembarco de tropas francesas en Santo Domingo, en el Cabo y en Puerto Príncipe. — Incendio del Cabo. — Sumisión de los negros. — Prosperidad momentánea de la colonia. — Solicitud del primer cónsul por el restablecimiento de la marina. — Comisión del coronel Sebastiani en Oriente. — Fomento de la propiedad interior. — El Simplón, el Monte Ginebra y la plaza de Alejandría. — Campamento de veteranos en las provincias conquistadas. — Ciudades nuevas fundadas en la Vendée, la Rochela y Cherbourg. — El Código civil, el Instituto y la administración del clero. — Viaje á Normandía. — Envidia de la Inglaterra á la grandeza de la Francia. — El comercio inglés más hostil á la Francia que la aristocracia. — Desenfreno de los emigrados en los diarios que publican. — Pensiones concedidas á Jorge y á los chuanes. — Reclamaciones del primer cónsul. — Subterfugios del gabinete británico. — Artículos de represalia insertos en el *Monitor*. — Continuación de las cuestiones de Suiza. — Los pequeños cantones se insurreccionan poniéndose á las órdenes del landamán Keding, y marchan sobre Berna. — El gobierno moderado se ve precisado á huir á Lausana. — Intervención pedida al primer cónsul, negada primeramente y concedida después. — Envía al general Ney con treinta mil hombres y llama á París diputados de todos los partidos para dar una Constitución á la Suiza. — Agitaciones en Inglaterra; declamaciones del partido de la guerra contra la intervención francesa. — El gabinete inglés atemorizado comete el yerro de dar contraorden sobre la evacuación de Malta y de enviar un agente á Suiza para fomentar la insurrección. — Prontitud de la intervención francesa. — El general Ney somete á la Helvecia en pocos días. — Los diputados suizos reunidos en París son presentados al primer cónsul. — Discurso que éste les dirige. — Acta de mediación. — Admiración de la Europa por la sabiduría de esta medida. — El gabinete inglés se ve apurado por la rapidez y la excelencia del resultado. — Discusión acalorada en el parlamento británico. — Violencias del partido Grenville, Windham, etc. — Nobles palabras de Fox en favor de la paz. — Cállese momentáneamente la agitación pública. — Llegada de lord Withworth á París, y del general Andreossy á Londres. — Buena acogida dispensada por una y otra parte á ambos embajadores. — El gabinete británico, pesaroso de haber conservado á Malta, desea evacuarla, pero no se atreve á hacerlo. — Publicación intempestiva del informe del coronel Sebastiani sobre el estado de Oriente. — Efecto desagradable que este informe produce en Inglaterra. — El primer cónsul quiere tener una explicación personal con lord Withworth. — Larga y memorable entrevista. — La franqueza del primer cónsul es mal comprendida é interpretada. — Exposición del estado de la república en que se contiene una frase ofensiva para el orgullo británico. — Mensaje real de respuesta. — Las dos naciones se provocan á una especie de desafío. — Cólera del primer cónsul y su aspereza con lord Withworth en presencia del cuerpo diplomático. — El primer cónsul trueca repentinamente sus ideas de paz en ideas de guerra. — Primeros preparativos. — Cesión de la Luisiana á los Estados Unidos mediante una suma de ochenta millones de francos. — Procura Mr. de Talleyrand calmar al primer cónsul y opone una inercia calculada á la exaltación creciente de los dos gobiernos. — Coopera al mismo fin lord Withworth. — Prolóngase esta situación. — Necesidad de salir de ella. — El gabinete británico acaba por confesar que desea conservar á Malta. — El primer cónsul responde intimando el cumplimiento de los tratados. — El ministerio Addington, temeroso de sucumbir en el parlamento, persiste en pedir la isla de Malta. — Adóptanse diversos temperamentos que no producen resultado. — Oferta de la Francia de depositar la isla en manos del emperador Alejandro. — Negativa de este ofrecimiento. — Salida de los dos embajadores. — Rompimiento de la paz de Amiéns. — Ansiedad pública, así en Londres como en París. — Causas de la poca duración de esta paz. — Quién tiene la culpa del rompimiento.

Mientras el primer cónsul arreglaba como árbitro supremo los negocios del continente europeo, su incansable actividad, abrazando los dos mundos, se extendía hasta la América y las Indias para restablecer en ellas la antigua grandeza colonial de Francia.

Hoy que las naciones europeas han llegado á ser más manufactureras que comerciantes; hoy que han conseguido ya imitar y aun mejorar los mismos objetos que antes iban á buscar allende los mares; hoy, finalmente, que las grandes colonias de sus metrópolis han ascendido á la jerarquía de Estados independientes, tan trocado está el cuadro del mundo que es casi imposible reconocerlo. Nuevas ambiciones han sucedido á las que entonces le dividían, y es difícil comprender los motivos que hace un siglo hacían correr tan profusamente la sangre de los hombres. La Inglaterra poseía como

colonia la América del Norte; la España del mismo modo poseía la América del Sur; la Francia era dueña de las principales Antillas, y de la más floreciente de todas ellas, que era Santo Domingo. Inglaterra y Francia disputábanse la India. Cada una de estas potencias imponía á sus colonias la obligación de enviar sólo á ella los géneros tropicales, de no recibir más que de ella los productos de Europa, de no admitir más naves que las suyas, y de no formar marineros más que para su marina. De este modo cada colonia venía á ser una plantación, un mercado, un puerto cerrado. La Inglaterra quería sacar exclusivamente de sus provincias de América los azúcares, las maderas de construcción y los algodones en rama: la España quería ser única en extraer de Méjico y del Perú los metales tan codiciados por todas las naciones; Inglaterra y Francia que-

rían dominar la India para exportar los algodones, sus *muselinas* y sus *indianas*, objetos de universal consumo; querían dar en cambio sus productos y hacer todo ese tráfico con su bandera solamente. Hoy son otros los ardientes deseos de las naciones. El azúcar que había de extraer de una planta nacida y cultivada bajo el sol más ardiente, se saca de otra planta que se cultiva en el Elba y en el Escalda. Los algodones hilados con tanto esmero y paciencia por manos indias, se hilan en Europa con máquinas que pone en movimiento la combustión del carbón fósil. La muselina se teje en las montañas de la Suiza y del Forez. Las indianas tejidas en Escocia, en Irlanda, en Normandía, en Flandes, y pintadas en la Alsacia, inundan la América y se propagan hasta por la India. Exceptuando el café y el te, productos que no puede imitar el arte, todo se ha llegado á copiar y aun mejorar. La química europea ha encontrado ya el modo de substituir la mayor parte de las materias colorantes que se iban á buscar á los trópicos. Los metales salen de las entrañas de los montes europeos; se extrae oro del Ural, la España empieza á encontrar plata en su mismo seno. A estas revoluciones industriales se ha agregado una gran revolución política. La Francia ha protegido la insurrección de las colonias de la América del Norte; la Inglaterra en cambio ha contribuido á la insurrección de las colonias de la América del Sur. Unas y otras son hoy naciones grandes ya, ó destinadas á serlo. Bajo el influjo de iguales causas se ha desarrollado en Santo Domingo una sociedad africana cuyo porvenir no es desconocido. Finalmente, la India, bajo el cetro de la Inglaterra, no es ya otra cosa más que una conquista arruinada con los progresos de la industria europea, y destinada á mantener á unos cuantos oficiales, comisionistas y magistrados de la metrópoli. Las naciones hoy quieren producirlo todo por sí mismas, hacer admitir á sus vecinos menos hábiles el excedente de sus productos, y sólo consienten en tomar unas de otras las materias primeras, procurando, que éstas se aclimaten lo más cerca posible de su suelo. Sirvan de ejemplo las reiteradas tentativas que se hacen para aclimatar el algodón en Egipto y en la provincia de Argel. De este modo, al grande espectáculo de la ambición colonial ha sucedido el de la ambición manufacturera. Así se va cambiando de continuo el mundo, y cada siglo necesita un esfuerzo de la memoria y de la inteligencia para comprender al siglo que le precedió.

Esta inmensa revolución industrial y comercial que comenzó bajo Luis XVI con la guerra de América, terminó con el bloqueo continental bajo Napoleón. Su principal causa ha sido la prolongada lucha de Inglaterra con Francia, porque mientras la primera quería atribuirse el monopolio de los productos exóticos, la segunda se vengaba imitándolos.

El inspirador de esta imitación fué Napoleón, cuyo destino era renovar bajo todos sus aspectos la faz del mundo; pero antes de impulsar á la Francia hacia el sistema continental y manufacturero como lo hizo más adelante, Napoleón cónsul, imbuído en las ideas del siglo que acababa de pasar, más confiado en la marina francesa de lo que se mostró después, intentó para restablecer nuestra prosperidad colonial las más vastas empresas.

Esta prosperidad había sido en otro tiempo suficientemente grande para justificar los anhelos y las tentativas de que ahora era objeto. En 1789 la Francia sacaba de sus colonias un valor de doscientos cincuenta millones de francos anuales en azúcar, café, algodón, añil, etc., de los cuales consumía ochenta ó cien millones, y reexportaba ciento cincuenta que diseminaba por toda la Europa, principalmente en azúcar refinado. Sería preciso duplicar por lo menos estos valores para calcular los que á ellas corresponden hoy día; y ciertamente estimaríamos en mucho y colocaríamos entre nuestros más capitales intereses unas colonias que nos suministrasen materia para un comercio de quinientos millones de francos. Francia miraba este comercio como un medio para atraer hacia sí una parte del numerario de España, la cual nos mandaba sus pesos en cambio de nuestros productos coloniales y manufacturados. En la época de que hablamos, esto es, en 1802, Francia privada de géneros coloniales, especialmente de azúcar y de café, de cuyos artículos no tenía ni aun lo necesario para su propio consumo, los solicitaba de los americanos, de las ciudades anseáticas, de la Holanda, de Génova, y desde la paz acá, de los ingleses. Pagábalos en metálico por no tener aún en su industria, apenas renaciente, medios para pagarlos en productos de sus manufacturas. No habiendo vuelto á aparecer jamás con su antigua abundancia el numerario después de la época de los asignados, carecía de él muy á menudo, lo cual se manifestaba en los esfuerzos continuos que el nuevo Banco hacía para adquirir los pesos que el contrabando sacaba de España. Nada era más común por esta razón entre la clase mercantil que oír quejas sobre la escasez del numerario, y sobre los inconvenientes de tener que comprar á peso de plata el azúcar y el café que antes sacábamos de las posesiones francesas. Debe atribuirse este lenguaje sin duda alguna á ciertas ideas erróneas sobre el modo como se estableció la balanza de comercio; pero hay que atribuirlo también á un hecho cierto, cual era la dificultad de proporcionarse géneros coloniales, y la dificultad aún mayor de pagarlos ó bien en plata que andaba escasa desde los asignados, ó en productos de nuestra industria igualmente escasos.

Si á esto se agrega que París estaba atestado de multitud de colonos, en otro tiempo poderosos y ahora arruinados, que unían sus quejas á las de los emigrados, se tendrá una idea completa de los motivos que obraban en el ánimo del primer cónsul y le impulsaban á acometer grandes empresas coloniales (1). Estos po-

(1) Otro motivo también obraba muy poderosamente en el ánimo del primer cónsul al extender sus miras de colonización, y era el deseo de realizar un plan político que había concebido hacía más de un año. Su ambición le encaminaba directamente hacia el poder absoluto: pero pacificada Europa por el tratado de Amiéns, las mismas fuerzas de la Francia reconcentradas en su seno, aquellos mismos ejércitos victoriosos que regresaban á sus hogares dirigidos por capitanes cubiertos de gloria y de prestigio, ponían en grave riesgo la duración de la autoridad consular. El ejército general estaba animado de ardiente republicanism, y el primer cónsul reconoció la necesidad absoluta de dar nuevo empleo á aquellas cabezas exaltadas y á aquellos brazos ociosos. El continente estaba pacificado, el restablecimiento de la grandeza colonial de la Francia era un pretexto excelente para comprometer á aquellos héroes descontentos en remotas expediciones; las nuevas conquistas de aquellas apartadas regiones ofrecían pábulo

derosos influjos fueron los que le determinaron á dar á Carlos IV la Etruria en cambio de la Luisiana. Cumplidas por su parte las condiciones del contrato, puesto que los infantes ocupaban el trono de Etruria y estaban reconocidos por todas las potencias continentales, quería que las cumplierse también por la suya Carlos IV, y acababa de exigir la entrega inmediata de aquella americana provincia. Estaba reunida en Helvécus, costa de Holanda, una expedición de dos navios y unas cuantas fragatas para llevar tropas á la desembocadura del Mississipi y reducir aquella floreciente región al yugo de la Francia. El primer cónsul, pudiendo disponer del ducado de Parma, estaba dispuesto á cederlo á España en trueque de las Floridas y del abandono de una pequeña parte de la Toscana, que era la tierra de Siena, que se proponía convertir en indemnización del rey del Piamonte. El gobierno español dejó traslucir por indiscreción los pormenores de esta negociación al embajador de Inglaterra, y la rivalidad inglesa suscitó mil entorpecimientos contra la celebración de este nuevo contrato. El primer cónsul al mismo tiempo no levantaba mano del negocio de las Indias, y había confiado el gobierno de nuestras factorías de Pondichery y de Chandernagor á uno de los más valientes oficiales del ejército del Rhin, que era el general Decaén. Este oficial, en quien se igualaban el talento y el valor y capaz de las más grandes empresas, fué enviado á las Indias, con miras remotas, pero profundas. «Los ingleses, dijo el primer cónsul al general Decaén, dándole instrucciones verdaderamente admirables, los ingleses son los dueños del continente de la India: son en ella revoltosos y asombradizos; conviene no inspirarles el menor recelo, conducirse con dulzura y sencillez, sufrir en aquellas regiones todo cuanto el honor permita tolerar, y no tener con los príncipes vecinos más relaciones que las indispensables para el sostenimiento de las tropas francesas y de las factorías. Pero, añadía el primer cónsul, es preciso observar á esos príncipes y á esos pueblos que se someten con dolor al yugo británico; estudiar sus costumbres, sus recursos, y los medios para estar en comunicación con ellos en caso de guerra; averiguar qué ejército europeo se necesitaría para ayudarles á sacudir la dominación inglesa, qué material debía llevar este ejército y sobre todo qué medios habría para mantenerlo; descubrir un puerto que pudiera servir de punto de desembarco á una escuadra cargada de tropas; calcular el tiempo y los medios necesarios para apoderarse de ese puerto con un golpe de mano; redactar al cabo de seis meses de residencia un informe sobre estas diversas cuestiones; remitirlo por medio de un oficial entendido y fiel, que lo haya visto todo por sí mismo y capaz de añadir explicaciones verbales á las explicaciones escritas de que sea portador; seis meses después tratar nuevamente las mismas cuestiones según las noticias y conocimientos nuevamente adquiridos, y enviar este segundo

á la codicia y la gloria militar; era cuanto había que desear, y las medias brigadas más formidables al despotismo de Bonaparte, los soldados y amigos de Moreau y de Saint-Cir, abrazaron con embriaguez el pensamiento de llevar atravesando los mares la bandera de la metrópoli triunfadora á aquellas ricas colonias, donde los antiguos españoles creyeron encontrar el Ofir del gran Salomón.

(N. del T.)

informe por medio de otro oficial igualmente leal y entendido; repetir este mismo trabajo y la misma comunicación cada seis meses; pesar detenidamente al redactar estos informes el valor de cada expresión, pues una palabra pudiera influir en las más graves resoluciones; finalmente, en caso de guerra conducirse según las circunstancias, ó permanecer en el Indostán, ó retirarse á la isla de Francia, enviando muchos buques ligeros á la metrópoli para tenerla al corriente de las determinaciones tomadas por el capitán general.» Tales eran las instrucciones comunicadas al general Decaén con el objeto, no de renovar la guerra, sino de aprovecharse hábilmente de ella en caso de estallar de nuevo.

Los mayores esfuerzos del primer cónsul se dirigían hacia las Antillas, que eran el centro principal del poder colonial de la Francia. El comercio francés tenía en otro tiempo sus más ventajosas relaciones en la Martinica, Guadalupe y Santo Domingo. Santo Domingo principalmente figuraba por unas tres quintas partes lo menos en los doscientos cincuenta millones de géneros que la Francia sacaba en otro tiempo de sus colonias. Era Santo Domingo entonces la más rica y envidiada entre las posesiones de Ultramar. La Martinica tuvo la felicidad de evitar las consecuencias de la insurrección de los negros; pero la Guadalupe y Santo Domingo quedaron trastornadas completamente hasta el punto de ser indispensable un ejército entero para restablecer, no la esclavitud ya imposible, por lo menos en Santo Domingo, sino la dominación legítima de la metrópoli.

En aquella isla de cien leguas de largo y treinta de ancho, felizmente situada á la entrada del golfo de Méjico, de fertilidad asombrosa, propia para el cultivo del azúcar, del café y del añil; en esa isla soberbia, unos veintitantos mil blancos propietarios, unos veintitantos mil libertos de diversas castas y cuatrocientos mil esclavos negros cultivaban la tierra y sacaban de ella inmensa abundancia de géneros coloniales de valor de unos ciento cincuenta millones de francos, que treinta mil marineros franceses se encargaban de transportar á Europa para cambiarlos por un valor igual en productos nacionales. ¿Qué pensaríamos hoy de una colonia que nos diese trescientos millones en productos, y nos proporcionase otros trescientos millones de salida, puesto que ciento cincuenta millones en 1789 equivalen por lo menos á trescientos millones en 1845? Desgraciadamente entre aquella población de blancos, mulatos y negros, fermentaban pasiones violentas, debidas al clima y á un estado de sociedad en que se advertían confundidos los dos extremos sociales: la riqueza jactanciosa y la esclavitud furibunda. En ninguna colonia había blancos más opulentos y tenaces, ni mulatos más envidiosos de la superioridad de la raza blanca, ni negros más propensos á sacudir el yugo de unos y de otros. Las opiniones que profesaba en París la Asamblea Constituyente, resonando en medio de las pasiones peculiares de aquel país, debían forzosamente producir en él una desecha tempestad, como los huracanes que produce en aquellos mares el súbito choque de dos encontrados vientos. Los blancos y los mulatos, escasos aún para defenderse si se hubieran aunado, andaban divididos, y después de haber comunicado á los negros el contagio de sus pasiones, los obligaron á sublevarse con-

tra ellos mismos. Primero sufrieron su crueldad, y después su triunfo y su dominación. Sucedió allí lo que en toda sociedad cuando estalla la lucha entre sus diversas clases: la primera fué vencida por la segunda; la primera y la segunda lo fueron por la tercera. Pero lo singular allí era que llevaban en el semblante la señal de sus diferentes orígenes; sus rencores participaban de la violencia de los instintos físicos, y su encarnizamiento era brutal como el de los animales salvajes. Por eso los horrores de aquella revolución superaron á cuanto se vió en Francia en el año 93, y á pesar de la distancia que debilita siempre las sensaciones, la Europa, tan condolida ya de las tristes escenas del continente, se sintió hondamente traspasada por las atrocidades inauditas á que unos dueños imprudentes y á veces crueles incitaron á sus feroces esclavos. Las leyes de la humana sociedad, doquiera semejantes, originaron allí, lo mismo que en otras partes después de prolongadas convulsiones, ese cansancio que anhela la aparición de un dueño y un ser superior capaz de convertirse en tal. Ese dueño era del mismo color de la raza triunfadora, es decir, negro; llamábase Toussaint Louverture. Era un antiguo esclavo que, aunque privado de la generosa audacia de Espartaco, reunía á un profundo disimulo un genio para gobernar verdaderamente extraordinario (1). Militar adocenado, sin conocer á lo sumo más que el arte de las emboscadas en un país de difícil acceso, inferior aun bajo este aspecto á varios de sus subalternos, había adquirido por su inteligencia y tacto en la dirección de las cosas en conjunto un ascendiente prodigioso. Aquella raza bárbara, deseosa de vengarse del desprecio de los europeos, se jactaba de tener en sus filas un hombre cuyas elevadas facultades reconocían los blancos mismos. Veía en él un título viviente para conquistar la libertad y la consideración de los demás hombres; por eso aceptó su yugo férreo, cien veces más pesado que el de los antiguos colonos, y se sometió á la penosa obligación del trabajo, que era lo que la esclavitud más detestaba. Convertido aquel esclavo negro en dictador, restableció en Santo Domingo un estado de sociedad tolerable, y llevó á cabo cosas que casi se atrevería uno á llamar grandes si el teatro hubiera sido otro y si ellas hubieran sido menos efímeras.

En aquella isla de Santo Domingo, como en todo país entregado á una larga guerra civil, se había establecido una división entre la raza guerrera, propia para el manejo de las armas y con inclinación á ellas, y la raza industrial, menos dispuesta á los combates, fácil de guiar por medio del trabajo, pero pronta sin embargo á lanzarse de nuevo á los peligros si veía amenazada su libertad. Naturalmente la segunda era diez veces más numerosa que la primera.

Formó Toussaint-Louverture con ésta un ejército permanente de unos veinte mil soldados, organizado en medias brigadas, tomando por modelo los ejércitos franceses, con sus oficiales negros y algunos mulatos ó blancos. Esta tropa, bien pagada y mantenida, asaz for-

(1) Con Espartaco le compararon sin embargo en el consejo de los Quinientos varios oradores franceses, suponiendo que la Providencia le había enviado al mundo para ser el vengador de una raza, cuando por los grandes servicios que prestó le nombró la república general de división y le proclamó libertador de la colonia.

(N. del T.)

midable bajo un clima que sólo ella podía soportar y en un suelo quebrado cubierto de espinos y maleza, formaba varias divisiones, y la mandaban generales de su mismo color, despejados la mayor parte, pero más que despejados feroces, como Cristophe, Dessalines, Moisés, Maurepás y Laplume. Fieles todos á Toussaint, reconocían su genio y cedían á su autoridad. El resto de la población, conocidos con el nombre de cultivadores, quedaron sujetos al trabajo. Dejaron sus fusiles para que se sirviesen de ellos en caso de necesidad si la metrópoli atentaba contra su libertad, pero se les obligó á volver á las plantaciones abandonadas de los colonos. Proclamó Toussaint que eran libres, pero que quedaban obligados á trabajar todavía cinco años en las tierras de sus antiguos dueños con derecho á una cuarta parte del producto bruto. Los propietarios blancos fueron estimulados á volver al país, sin exceptuar los que en un momento de desesperación se habían asociado á la tentativa de los ingleses contra Santo Domingo. Fueron bien recibidos, y repuestos en posesión de sus habitaciones llenas de negros que se llamaban libres, á los cuales, según el reglamento de Toussaint, entregaban la cuarta parte del producto total, valuado en la práctica de la manera más arbitraria. Muchos ricos propietarios que antes habitaban el país, ya por haber sucumbido en las revueltas de la colonia, ó ya por haber emigrado con la antigua nobleza francesa de que formaban parte, ni volvieron á aparecer, ni enviaron delegados que hicieran sus veces. Sus bienes, secuestrados como los bienes nacionales en Francia, fueron arrendados á oficiales negros por un precio ínfimo que les permitía enriquecerse en poco tiempo. Algunos generales, como Cristophe y Dessalines, llegaron á adquirir de este modo más de un millón de renta anual. Estos oficiales negros tenían el carácter de inspectores del cultivo en el distrito donde eran comandantes militares. Hacían en él reconocimientos continuos, y trataban á los negros con la aspereza peculiar de todo nuevo dueño. Algunas veces cuidaban de que los colonos les administrasen justicia; pero más frecuentemente los condenaban ellos á la fustigación por pereza ó rebeldía, y formaban una especie de batida continua con objeto de hacer volver al cultivo á los que se habían acostumbrado á la holgazanería. Por medio de revistas frecuentes en las parroquias sabían los cultivadores que habían abandonado sus habitaciones originarias, y conseguían hacerlos volver á ellas. También muy á menudo Dessalines y Cristophe los mandaban ahorcar en su presencia. De este modo volvió el trabajo á tomar una actividad inaudita bajo aquellos nuevos caudillos que beneficiaban para sí la sumisión de los negros que se suponían libres; pero no despreciaremos nosotros semejante espectáculo, porque esos caudillos que sabían obligar al trabajo á sus semejantes, aun para su propio y exclusivo provecho; esos negros que sabían someterse á él sin gran lucro, y que se estimaban pagados con la mera idea de ser libres, nos inspiran más estimación que el espectáculo de una pereza bárbara é innoble que ofrecían los negros entregados á sí mismos en las colonias recientemente emancipadas.

Merced al régimen establecido por Toussaint, la mayor parte de las heredades abandonadas volvieron á ponerse en cultivo; de modo que en 1801, después de tres

años de trastornos que la habían inundado de sangre, presentaba la tierra de Santo Domingo un aspecto de fertilidad casi igual al que ofrecía en 1789. Toussaint, independiente de la Francia, había dado á la colonia una libertad de comercio casi absoluta. Este régimen de libertad, peligroso para las colonias de mediana fertilidad que por razón de sus escasos y costosos productos tienen interés en tomarlos en la metrópoli para que ésta tome los suyos, es por el contrario muy conveniente en una colonia rica y fecunda que no necesita de protección ninguna para la salida de sus géneros, y que por lo tanto tiene interés en tratar libremente con todas las naciones y en tomar los objetos de necesidad ó de lujo donde los halle mejores y más baratos. En este caso se hallaba Santo Domingo. La isla había logrado infinitas ventajas con la libre entrada de los pabellones extranjeros, especialmente del americano; abundaban allí los víveres; las mercaderías de Europa se vendían baratas; sus géneros eran pedidos así que aparecían en el mercado. Agrégase á esto que los nuevos colonos, negros los unos, que debían á la revolución sus haciendas, los otros blancos, repuestos en sus antiguas posesiones, todos libres de compromiso con los capitalistas de la metrópoli, no estaban abrumados de deudas como los antiguos colonos de 1789, ni se veían precisados á deducir de sus utilidades el interés de enormes capitales prestados. Eran más opulentos aunque sacaban menos beneficios. Las ciudades del Cabo, Puerto Príncipe, San Marcos y los Cayos habían recobrado cierto esplendor; las huellas de la guerra habían casi desaparecido; en la mayor parte había casas elegantes construidas por los oficiales negros, y habitadas por los mismos, que rivalizaban con las más hermosas fincas de aquellos antiguos propietarios blancos, en otro tiempo tan orgullosos y tan célebres por su lujo y disolución de costumbres.

El jefe negro de la colonia había puesto el colmo á su reciente prosperidad ocupando atrevidamente la parte española de Santo Domingo. Esta isla estaba en otro tiempo dividida en dos porciones, de las cuales la del Este, que era la primera que se ofrecía á la vista yendo de Europa, pertenecía á los españoles, y la otra situada hacia el Oeste mirando á Cuba y á lo interior del golfo de Méjico pertenecía á los franceses. Esta parte occidental, compuesta de dos promontorios que se adelantan formando además de un dilatado golfo interior una multitud de radas y pequeños puertos, era más favorable que la otra para las plantaciones, las cuales tienen que estar situadas cerca de los puntos de desembarco, y por lo tanto ostentaba suntuosos y florecientes establecimientos. La parte española, por el contrario, poco montuosa y con muy escasos golfos, ofrecía menos ingenios y cafetales, pero en cambio alimentaba mucho más ganado caballar y de otras especies. Estas dos partes reunidas podían prestarse grandes servicios, al paso que separadas por un régimen colonial exclusivo venían á ser como dos islas apartadas, provistas cada cual de lo que á la otra faltaba y sin poder hacer cambios por su mucha distancia. Toussaint, después de haber arrojado á los ingleses, dirigió todos sus pensamientos hacia la invasión de la parte española. Afectando una sumisión escrupulosa á la metrópoli á pesar de hacer su pura voluntad, se fortaleció con el tratado de Basilea, según

el cual la España cedía á la Francia la posesión entera de Santo Domingo, é intimó á las autoridades españolas que le entregasen la provincia que estaban aún ocupando. Hallábase á la sazón en Santo Domingo un comisario francés, pues desde la revolución no volvió á estar representada la metrópoli en la isla sino por comisarios de quienes apenas se hacía caso. Este agente, temiendo las complicaciones que podían resultar en Europa de semejante operación y no habiendo por otra parte recibido orden ninguna de Francia, se opuso cuanto pudo, aunque en vano, á la resolución de Toussaint. Éste, sin hacerse cargo de las objeciones que se le hacían, puso en movimiento todas las divisiones de su ejército y exigió las llaves de Santo Domingo de las autoridades españolas, incapaces de resistirle. Fuéronle en efecto entregadas las llaves, y en seguida se presentó en todas las ciudades con el título de representante de la Francia, pero obrando en realidad como un soberano y haciéndose recibir en las iglesias con palio y agua bendita.

La reunión de las dos partes de la isla bajo una sola dominación produjo resultados excelentes é instantáneos para el comercio y el orden interior. La parte francesa, abundantemente surtida de todos los productos de ambos mundos, cedió á los colonos españoles una cantidad considerable de ellos en cambio de ganados, caballos y mulas, que le hacían suma falta. Al mismo tiempo, los negros que querían esquivar el trabajo para entregarse á la holganza, no tenían ya en la parte española un asilo contra las incesantes pesquisas de la policía de los negros.

Por todos estos medios reunidos logró Toussaint en dos años que volviese á florecer la colonia. No se tendría una idea exacta de su política si no se dijese al mismo tiempo cómo se conducía con la Francia y la Inglaterra. Este esclavo, convertido en libre y soberano, conservaba en el fondo de su corazón una simpatía involuntaria hacia la nación cuyas cadenas había llevado, y no podía tolerar el aspecto de los ingleses en Santo Domingo; de aquí los nobles esfuerzos que había hecho para expulsarlos y el triunfo de su empresa. Su inteligencia política profunda, aunque inculta, le confirmaba en sus naturales inclinaciones, y le persuadía que los ingleses eran los dueños más peligrosos, por cuanto poseían un poder marítimo que hacía su autoridad en la isla efectiva y absoluta. No quería, pues, tolerar su dominación á precio alguno. Los ingleses, al evacuar á Puerto Príncipe, le habían ofrecido el trono de Santo Domingo y su reconocimiento inmediato, con tal de que les asegurase el comercio de la colonia; y se negó á ello, ya fuese por tener todavía cariño á la metrópoli, ó ya porque, sorprendido con la noticia de la paz, temiese una expedición francesa capaz de reducir á polvo su corona. Por otra parte, la vanidad de pertenecer á la primera nación militar del mundo y el íntimo placer de ser general al servicio de Francia de nombramiento del mismo primer cónsul, habían pesado más en su ánimo que todas las ofertas de la Inglaterra; había resuelto por lo tanto continuar siendo francés. La política de este hombre singular consistía en tener á los ingleses distantes, viviendo pacíficamente con ellos, reconocer la autoridad nominal de la Francia, y en cuanto á la obediencia debida á ésta, observarla lo preciso solamente para